

A su tiempo lo entenderás todo Primer sueño de Don Bosco

La educación cristiana de la juventud ha sido siempre una de las preocupaciones primordiales de la Iglesia, que, llevada del Espíritu Santo que la anima, ha suscitado a lo largo de los siglos distintas obras dedicadas a tan importante y trascendental tarea, puesto que de ella depende la formación de muchos y buenos cristianos, el establecimiento de una sociedad cristiana en sus leyes y costumbres, y el futuro de las familias cristianas y de las vocaciones religiosas y sacerdotales.

Uno de los Santos que más se dedicó a esta misión, y que todos conocemos por la misma, es San Juan Bosco, fundador de la Sociedad Salesiana. El cielo le hizo entrever, ya en su infancia, la misión que le destinaba en orden a la educación cristiana de los niños, y lo hizo a través de un sueño, que primero transcribiremos literalmente, y luego comentaremos para discernir en él las principales pautas a que debe atenerse esta educación.

1º El sueño de Don Bosco.

A la edad de 9 años tuve un sueño que quedó profundamente grabado en mi mente para toda la vida.

En el sueño, me pareció encontrarme cerca de casa, en un terreno muy espacioso, donde estaba reunida una muchedumbre de chiquillos que se divertían. Unos reían, otros jugaban, no pocos blasfemaban. Al oír las blasfemias, me lancé inmediatamente en medio de ellos, usando los puños y los gritos para hacerlos callar.

En aquel momento apareció un hombre venerando, de aspecto varonil y noblemente vestido. Un blanco manto le cubría todo el cuerpo, pero su rostro era tan luminoso que no podía yo fijar la mirada en él. Me llamó por mi nombre y me mandó ponerme a la cabeza de los muchachos, añadiendo estas palabras:

– No con golpes, sino con la mansedumbre y con la caridad, deberás ganarte a estos tus amigos. Ponte ahora mismo, pues, a instruirlos sobre la fealdad del pecado y la belleza de la virtud.

Aturrido y espantado, repliqué que yo era un niño pobre e ignorante, incapaz de hablar de religión a aquellos muchachos; quienes, cesando en ese momento

sus riñas, alborotos y blasfemias, se recogieron en torno al que hablaba. Sin saber casi lo que me decía, añadí:

- *¿Quién sois vos, que me mandáis una cosa imposible?*
- *Precisamente porque tales cosas te parecen imposibles, debes hacerlas posibles con la obediencia y la adquisición de la ciencia.*
- *¿En dónde y con qué medios podré adquirir la ciencia?*
- *Yo te daré la Maestra bajo cuya disciplina podrás llegar a ser sabio, y sin la cual toda sabiduría se convierte en necedad.*
- *Pero ¿quién sois vos que me habláis de esta manera?*
- *Yo soy el Hijo de Aquella a quien tu madre te enseñó a saludar tres veces al día.*
- *Mi madre me dice que, sin su permiso, no me junte con los que no conozco. Por tanto, decidme vuestro nombre.*
- *Mi nombre, preguntaselo a mi Madre.*

En ese momento vi, junto a El, a una mujer de aspecto majestuoso, vestida con un manto que resplandecía por todas partes, como si cada punto del mismo fuera una estrella muy refulgente. Contemplándome cada vez más desconcertado en mis preguntas y respuestas, hizo señas para que me acercara a Ella y, tomándome bondadosamente de la mano, me dijo:

– *Mira.*

Al mirar, me di cuenta de que aquellos chicos habían escapado y, en su lugar, observé una multitud de cabritos, perros, gatos, osos y otros muchos animales.

– *He aquí tu campo, he aquí donde tienes que trabajar. Hazte humilde, fuerte, robusto; y cuanto veas que ocurre ahora con estos animales, lo deberás hacer tú con mis hijos.*

Volví entonces de nuevo la mirada y, en vez de animales feroces, aparecieron otros tantos mansos corderos que, saltando y balando, corrían todos alrededor como si festejaran al Hombre aquel y a la Señora.

En tal instante, siempre en sueños, me eché a llorar y rogué al Hombre que me hablase de forma que pudiera comprender, pues no sabía qué quería explicarme.

Entonces Ella me puso la mano sobre la cabeza, diciéndome:

– *A su tiempo lo entenderás todo.*

Dicho lo cual, un ruido me despertó, y todo desapareció.

2º Pautas de una educación católica de la juventud.

Hasta aquí la narración que el mismo Don Bosco hacía del primero de los muchos sueños con que luego sería favorecido. Por medio de él quiso Dios revelarle,

de manera sencilla, no sólo cuál sería su vocación futura en la Iglesia, sino también cuáles son los presupuestos de una educación cristiana de la juventud. Repasémoslos, pero contrastándolos al mismo tiempo con los presupuestos contrarios que parece seguir la educación moderna, salida de la revolución.

1º El sueño de Don Bosco comienza presentándonos a unos niños que, a la par que juegan, también blasfeman. La Señora que luego aparece en el sueño muestra a estos mismos niños bajo la forma de cabritos, perros, gatos y osos. Se indica así **el punto de partida de la educación cristiana**, que es *el hombre caído en el pecado original*, el cual deja en nosotros profundas tendencias desordenadas. En los niños, al comienzo, estas tendencias todavía son débiles, pero luego, a medida que van creciendo, se despiertan en ellos en forma de pasiones, que los hacen asemejarse a los animales salvajes, y los arrastran hacia las cosas malas, prohibidas por la ley de Dios.

*La educación moderna, en cambio, tiene un punto de partida radicalmente contrario, que es el de suponer **la bondad original de todo hombre**. Por eso, todas las tendencias que sienta el niño deben ser favorecidas o, en todo caso, no ser reprimidas ni discriminadas, aun cuando en los tiempos precedentes, por razón de prejuicios inveterados, hubieran sido consideradas malas y depravadas.*

2º La Señora del sueño muestra luego a esos mismos niños convertidos en dóciles y mansos corderillos. Por ahí se nos indica también **la meta de la educación cristiana**, que es transformar a esos niños en buenos cristianos, esto es, en *hombres renovados por la gracia de Dios*, que han depuesto la vejez del viejo hombre y han asumido la suave ley de Cristo.

*También la meta de la educación moderna muestra ser contraria a la de la educación cristiana: puesto que el niño no nace malo ni con tendencias desordenadas, no hace falta que en su formación intervenga la religión, ni la gracia, ni los Sacramentos, ni la Iglesia. **Descartado así todo el orden sobrenatural**, la educación será necesaria y profundamente naturalista, sin tener en cuenta ninguna supuesta vida eterna, que sólo llevaría al niño a descuidar el trabajo por un mundo mejor.*

3º Esa transformación, como indica el Hombre del sueño, no ha de hacerse a golpes y puñetazos, sino con paciencia y caridad; es decir, no ha de tener por base una disciplina violenta y forzada, que no cambiaría las disposiciones del corazón, sino el amor sincero del bien y de la virtud: *«Ponte ahora mismo a instruirlos sobre la fealdad del pecado y la belleza de la virtud»*. **La educación cristiana moderna, pues, las almas**, de manera que, por una parte, cultiven la vida de la gracia y se imbuyan como naturalmente del amor de Dios, de las virtudes y de las cosas buenas; y que, por otra parte, se aparten del pecado y de sus causas, aprendan a combatir las pasiones que pudieran arrastrarlas al pecado, y adquieran los hábitos buenos que hacen que el hombre se aficione a la virtud y a las cosas santas.

Por contraste, la educación moderna sólo apunta a hacer del hombre un buen profesional, abogado, médico, ingeniero, periodista, informático, pero descuida totalmente su perfección como ser espiritual; asegura su progreso material y técnico, pero deja de lado su progreso moral. Podrá asegurarle un buen porvenir en la tierra, mas

lo deja totalmente desprovisto de una visión de eternidad, de virtudes frente a los vicios, de fortaleza ante las tentaciones, de temple y resignación ante las adversidades de la vida, y de medios de salvación frente a la vida perdurable que le espera después de la muerte.

4º Vemos en el sueño cómo los niños, transformados ya de animales salvajes en mansos corderos, se agolpan en torno a Nuestro Señor y a la Santísima Virgen. Y es que todo el espíritu de la educación cristiana se resume en **orientar las almas a Dios Nuestro Señor**: «*Dejad que los niños vengan a Mí, y no se lo impidáis*» (Mt. 19 14), y a lograr esta orientación a través de una especial devoción a la Santísima Virgen María.

Por su parte, la educación moderna, que no habla a los niños y a la juventud de Dios, ni de la Virgen, ni de la gracia, ni de la virtud a practicar y del pecado a evitar, antes al contrario, los expone a la educación sexual, a las diversiones pecaminosas, a la ideología de género y a otras depravaciones, incurre en el terrible anatema de Jesucristo: «Cualquiera que escandalizare a alguno de estos pequeños que creen en Mí, mejor le fuera que le colgasen al cuello una piedra de molino, y lo anegasen en lo profundo del mar» (Mt. 18 6).

5º Finalmente, para asegurar esta educación cristiana de la juventud, Nuestro Señor, y con El Nuestra Señora, **se valen de instrumentos** –en este caso Don Bosco–, a los cuales confían esta delicada misión. A su vez Don Bosco, para poder cumplir esta misión, que sólo entendería con claridad más tarde, ordenado ya de sacerdote –«a su tiempo lo entenderás todo»–, fundó la Sociedad Salesiana. De igual modo ha ido suscitando Dios en la Iglesia las demás congregaciones religiosas, tanto masculinas como femeninas, dedicadas a la educación de los niños y de los jóvenes.

*Tiene el mal un olfato que le hace apuntar a los objetivos más certeros para contrariar la acción santificadora de la Iglesia. Los enemigos de Dios entendieron que la mejor manera de impedir la influencia de la Iglesia es la de **apoderarse de la educación y de la cultura en todos los ámbitos**, ya que de este modo se consigue imbuir a los hombres, desde la más temprana edad, y a través de todos los medios que lo condicionan, de los principios laicos y ateos, esencialmente anticristianos. De este modo se logra que tanto las familias como las sociedades, y por ende las leyes y las costumbres que las rigen, ya no tengan bases cristianas, o –lo que es peor– las tengan totalmente contrarias y opuestas. «Non serviam»: es la sociedad en rebeldía contra Dios.*

De todo lo dicho y deducido del primer sueño de Don Bosco, salta a la vista la importancia, para salvaguardar la vida cristiana de nuestras familias y sociedades, de contar con escuelas profundamente católicas, que dispensen a los niños la luz de la fe y la vida de la gracia; y, por lo tanto, la importancia de contar con instituciones que aseguren dichas escuelas, tales como la Congregación de las Dominicas docentes. Pidámoslas al Señor.